LA CRUZ ~~vol. 34~~ (1951)

PERIODICALS

PER
BR
7
.C78
1951

LIBRARY OF PRINCETON
OCT 30 2003
THEOLOGICAL SEMINARY

PER BR7 .C78

Cruz.

Digitized by the Internet Archive
in 2016

https://archive.org/details/lacruz3136miss_1

LA CRUZ

MARZO 1951
TOMO XXXI — NUM. 363

La Palabra del Consuelo

DESPUÉS de la palabra de la misericordia, la primera que brotó de los labios del Cristo moribundo: —*"Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen"*—; después de la palabra de la esperanza que abrió el cielo al ladrón arrepentido: —*"Hoy estarás conmigo en el paraíso"*—; Jesús agonizante dejó caer sobre todas las orfandades de la tierra, sobre el vacío de los corazones desamparados, sobre las penas todas de la humanidad doliente, esta palabra que es la palabra del consuelo, como también de la más grande misericordia y de la más consoladora esperanza: *"Ecce mater tua!"*

Huérfanos de la tierra, vosotros los que tenéis hambre de un cariño abnegado, sacrificado y fidelísimo, de un amor que no engañe, que no traicione y que no olvide, es decir, vosotros los que tenéis sed de cariño maternal, ¡alegraos! ¡tenemos Madre!...

¡Hay unos ojos que nos miran compasivamente... hay un regazo a donde refugiarnos en las horas de peligro... hay unos brazos que nos estrechan con amor... hay un corazón maternal donde encuentran eco nuestras penas... hay una ternura que nos envuelve y nos acompaña por todas partes...!

Y donde quiera que estemos, lejos de todo ser humano o en medio de las multitudes egoístas, —¡más triste soledad!—, en todas partes podemos levantar los ojos al cielo y a través de nuestras lágrimas clamar a ese ser bendito y santo, endulzando la amargura de la vida con esta palabra que es armonía, consuelo, esperanza, amor: *¡madre...! ¡madre...!*

Cuando palpamos el egoísmo y la ingratitud de los hombres y nos sentimos heridos por el olvido y decepcionados de los amores de aquí abajo; cuando no hay una mano que nos levante, ni una palabra que nos aliente, ni un corazón que nos comprenda; cuando todo en torno nuestro es soledad y desamparo y traición; cuando todo se hunde, cuando todo está perdido... ¡cómo entonces, naturalmente, sube a los labios de lo más intimo del corazón ese grito de dolor y de esperanza: *¡madre...! ¡madre...!* supremo llamamiento al ser en cuyo amor siempre creemos, con cuya abnegación siempre contamos... que franqueará los dinteles mismos de la eternidad para acudir a nuestro reclamo, y acariciar nuestra frente dolo-

rida, y besar nuestros labios amargados, y murmurar a nuestro oído ese nombre que en los labios de una madre es todo un poema de amor y de ternura: *¡hijo mío...! ¡hijo mío...!*

Y esto, que para un huérfano sería la más irrealizable ilusión, es para el cristiano la más consoladora realidad: la palabra de Cristo, —*Ecce mater tua*—, ha realizado ese prodigio.

* * *

María, cuyo corazón es un ideal de pureza, un abismo de abnegación, una inmensidad de amor... María, la compañera inseparable de Jesús, fué el supremo consuelo de su vida mortal.

María fué el consuelo de Jesús, porque en su corazón encontraron eco y fueron comprendidos todos los sentimientos, delicadezas, amarguras, decepciones, locuras del Corazón de Cristo...; lo fué, compartiendo su ignominia y su deshonra, camino del calvario; acompañando al pie de la cruz su martirio y su agonía; envolviéndolo siempre, de Belén hasta el sepulcro, en la exquisita delicadeza de su ternura maternal...

Muerto Jesús, se inició una nueva misión de María; mejor dicho, se prolongó la primera, y después de haber sido el consuelo de Jesús, ha sido y sigue siendo el consuelo de los que Jesús le dejó por hijos... Y por eso, donde quiera que hay un huérfano que llora, un alma que padece, un corazón que sangra, al pie de esta nueva cruz está María, consuelo supremo de la humanidad...

¡Consolatrix afflictorum, ora pro nobis! — ¡ruega por nosotros, Consoladora nuestra, sostén nuestra flaqueza, levanta nuestro desaliento, con-

suela nuestros dolores, enjuga nuestras lágrimas y no apartes de nosotros, oh María, esa mirada de madre que aligera el peso de toda cruz!

* * *

¡Oh vosotros los que sufrís, dilatad vuestros corazones! El consuelo ha descendido del Calvario, ha brotado de los labios moribundos del Cristo!

Ecce mater tua!
¡Tenemos MADRE!...

J. G. Treviño,
M. Sp. S.

LA CRUZ
REVISTA MENSUAL DE ASCETICA Y MISTICA
dirigida por los Misioneros del Espíritu Santo.

Tomo XXXI 1º de Marzo de 1951 Núm. 363

Director: J. G. TREVIÑO
Apartado postal 1580. Oficinas: Madero 42-31.
Teléfono 35-00-99 México 1, D. F.

SUSCRIPCIONES:
Por un año $ 5.00. — Número suelto, $ 0.45
En el Extranjero, un dollar U. S. A.

—A los agentes, descuentos especiales.—La persona que coloque 10 suscripciones, pago adelantado, recibirá una gratis por un año.

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA Y PERMISO DE LOS SUPERIORES

Registrado como Art. de 2ª clase en la Oficina de Correos de Tlalpan, el 1º de febrero de 1921 y en la Oficina de Correos de México, el 20 de enero de 1927.

EL PROGRESO ESPIRITUAL

(Concluye)

DESPUÉS de las observaciones que hicimos en el artículo anterior, veamos cuales son las señales positivas por las cuales podemos conocer que un alma progresa en el camino de la perfección.

Sin duda que pueden darse varias, pero nos concretaremos a señalar dos que no solamente son pruebas del progreso del alma, sino también de su madurez. Son el **hambre de Dios** y el **deseo de cumplir su voluntad.**

* * *

I.—HAMBRE DE DIOS

Así como el apetito —que en el fondo no es sino la sensación del hambre, de la necesidad de alimento— es señal de buena salud; así también, el hambre de Dios, la necesidad que el alma experimenta de llenarse de Él, es señal de una excelente salud espiritual.

Esta hambre no es de suyo algo sensible, ya que puede encontrarse en los estados de aridez y desolación, sobre todo cuando el alma atraviesa por la "**noche oscura**"; de manera que, lejos de ser siempre algo sabroso y consolador, puede ser un estado doloroso y hasta un verda-

dero tormento. La Contemplación oscura, que es el brazo de la Contemplación infusa, no es otra cosa que esta sensación de vacío en el alma y esta necesidad de Dios, aunque no siempre clara y explícita.

Esta necesidad de Dios nace precisamente cuando el alma sufre el desencanto espiritual de las criaturas; nada de lo creado le llena y las satisfacciones humanas le son insípidas. Como en esas circunstancias el alma está decepcionada de las criaturas y todavía no goza conscientemente de la unión con Dios, tiene la sensación de una gran soledad, de un inmenso vacío y de la necesidad de llenarlo.

Esta hambre de Dios es compatible también con nuestras miserias, desde el momento en que, lejos de fomentarlas, las lamentamos sinceramente y las combatimos con generosidad; y aún puede tenerse a pesar de nuestras faltas de fragilidad, de las que prontamente nos levantamos y nos arrepentimos y tratamos de reparar.

Esta hambre de Dios es una gracia de elección que prepara la gracia por excelencia: **la unión con Dios.**

El Señor, que dispone todo tan suavemente —**disponit omnia suaviter**— suele antes de conceder una gracia, despertar en el alma el deseo de ella. El deseo de esa gracia prepara el alma para recibirla, porque la dilata, porque ensancha por decirlo así su capacidad y puede entonces recibirla. Por eso dice el Señor: "**Dilata os tuum et implebo illud**", ensancha tu alma por el deseo y la llenaré.

La prepara también, porque el deseo supone que reconocemos nuestra indigencia: no podemos desear sino lo que no tenemos. De aquí que este deseo se transforme en oración, en súplica. Pide entonces el alma esta gracia y pone así la condición que Dios requiere para darla: "**Pedid y recibiréis**".

* * *

Pero esta hambre de Dios no es cualquier deseo, sino un deseo intenso y constante, aunque muchas veces latente.

Nace la virtud de la **esperanza** y se perfecciona por el **don de ciencia.**

No damos de ordinario a la esperanza la importancia que tiene. Por ella, la fe se transforma en caridad y el conocimiento sobrenatural de Dios se convierte en amor divino de la mejor ley. Por la fe viva conocemos la ama-

bilidad de Dios; deseamos entonces poseerlo. Ese deseo es obra de la esperanza. Realízase entonces lo que dice la Imitación: "**No me desearas, si no me poseyeras ya**" Dios colma este deseo con la caridad, que nos une a Dios y nos hace poseerlo desde esta vida.

Pero, cuando comprendemos lo que es Dios, por contraste comprendemos también la inanidad de todo lo creado y palpamos íntimamente, experimentalmente, la vanidad de todo lo que no es Dios. Entonces el alma se vacía y se desprende de las criaturas.

No se trata aquí de una decepción, fruto de un romanticismo malsano; sino de aquella que hizo decir al sabio, después de haber saboreado todas las satisfacciones que ofrece este mundo: "**¡Vanidad de vanidades y todo vanidad!**"

Uno de los aspectos de esta decepción de las criaturas es el conocimiento íntimo de la fugacidad del tiempo y de la brevedad de la vida. Este es un rasgo muy característico de las almas que se santifican en pocos años y a quienes Dios arrebata de este mundo en plena juventud.

Es notable, por ejemplo, en Santa Teresa del Niño Jesús; leyendo su abundante correspondencia se encuentra a cada paso, como un tema obligado, lo efímero de la vida y el deseo del cielo.

En una carta a Celina le decía: "¡Oh, sí, es muy duro vivir sobre la tierra! ¡Pero mañana, dentro de una hora, arribaremos al puerto! Dios mío, ¿qué veremos entonces? ¿Qué es pues esa vida que no tendrá fin?... El Señor será el alma de nuestra alma: ¡misterio insondable!

San Pablo nos lo va a aclarar: "El ojo del hombre no ha visto la luz increada, su oído no ha escuchado las incomparables melodías del cielo y su corazón no puede comprender lo que le está reservado en la vida futura". ¡Y todo esto vendrá pronto! ¡sí, muy pronto, si amamos a Jesús con pasión! (1)

Y en su poesía, "**Mi canto de hoy**", vibran a la vez el sentimiento íntimo de la brevedad de la vida:

"**—mi vida es un instante,**
una hora pasajera,

(1) Lettre du 14 juillet 1889. Sobre el mismo asunto pueden verse las cartas del 14 de octubre de 1890, del 26 de abril de 1891, de enero de 1895 a su hermana Leonia, del 26 de diciembre de 1896, etc.

mi vida es un momento,
efímero y fugaz...'' (2)—

y el deseo ingente del día de la eternidad:

''—¡cuando el sol sin ocaso
para mi alma brille
en arpa de los ángeles
yo cantaré al día
que no conoce fin!...—'' (3)

Porque no podemos comprender íntimamente que todo acá abajo pasa, sin desear los bienes que no pasan nunca; ni podemos ver que se van los años y con ellos tántas cosas, sin suspirar por los **''años eternos''** de que habla el Salmista.

Amamos la primavera, cuando reverdecen los árboles, y florecen los rosales, y toda la naturaleza se viste con nuevos atavíos; pero suspiramos por una primavera que no termine nunca. O como bellamente dijo el poeta:

''Ici bas, tous les lilas meurent,
Les chants des oiseaux sont courts,
Je rêve aux étés qui deumeurent
toujours... toujours...''

''Sobre la tierra, las lilas se marchitan y los cantos de las aves se extinguen: yo sueño en una primavera que dure siempre... siempre...''

Todos estos sentimientos que hace nacer la esperanza, los perfecciona la acción del Espíritu Santo por el don de ciencia.

Llora entonces el alma sobre los bienes que en otro tiempo formaron el encanto de la vida, como un niño sobre sus juguetes rotos... Pero esas lágrimas son divinamente consoladas; porque, en lugar de esas bagatelas cuya fascinación había ocultado los verdaderos bienes (4), el don de ciencia nos descubre que Dios es nuestra única suficiencia: **''quien a Dios tiene nada le falta, ¡sólo Dios Basta!''**

---

(2) Poesie: *"Mon chant d'aujourd'hui"*. Traducimos libremente.
"Ma vie est un instant, une heure passagère,
Ma vie est un moment qui m'echappe et qui fui..."

(3) *"Quand le jour sans couchant sur mon âme aura lui:*
Alors je chanterai sur la lyre des anges
L'ETERNEL AUJOURD'HUI!"

(4) *"Fascinatio nugacitatis obscurat bona"*. Sap., IV, 12.

Así es como nace en nosotros el hambre de Dios. La esperanza se agiganta para desearlo y preparar así el terreno a la caridad, que crece proporcionalmente, y une y alimenta al alma con Dios.

Pero, entonces se realizan aquellas palabras: "**Qui edunt me adhuc esuriunt; et qui bibunt me, adhuc sitient**". Los que me comen tienen más hambre, los que me beben tienen más sed (5). Crece el hambre y crece la posesión. Y así sucesivamente hasta la eternidad, donde esa hambre tendrá plena saciedad; ¡bienaventurados los que tienen hambre, porque serán saciados! "**Beati qui esuriunt... quoniam saturabuntur**".

¿Y qué es todo esto, sino la actividad plena de la vida espiritual y por consiguiente su progreso, su crecimiento, su desarrollo?

II.—EL DESEO DE CUMPLIR LA VOLUNTAD DE DIOS

La santidad está en el amor. Ahora bien, el amor puede ser **afectivo** o **efectivo.** El afectivo está sujeto a ilusión, sobre todo si es sensible y más en temperamentos emotivos. El afectivo no engaña y él es el que demuestra la sinceridad del afectivo.

El afectivo consiste en decirle a Dios: "**TE AMO**", ya sea con palabras, ya sea en el secreto del corazón. El efectivo consiste en **cumplir la voluntad de Dios.**

El alma sigue este proceso: primeramente le dice a Dios: "TE AMO". En seguida, reflexiona: si lo amo, debo darle gusto, complacerlo, tenerlo contento. Y si para eso debo sacrificarme, tanto mejor.

¿Cómo se le da gusto a Dios? —Cumpliendo su voluntad. "**El que me ama guarda mis preceptos**", aseguró Él mismo.

Entonces, para probarle mi amor, voy a cumplir su voluntad. Ese es el amor efectivo.

Pero la voluntad de Dios se puede cumplir de distintas maneras: nos podemos someter a ella sólo por el miedo a los castigos, por un temor servil; o bien, con una simple resignación que supone un "a más no poder" y que hace de la necesidad virtud; hay, en fin, una manera de cumplir la voluntad de Dios por el sólo motivo de complacerlo.

(5) Eccli., XXIV, 29. — Joann., VI, 35.

La señal de progreso es el deseo de cumplir la voluntad de Dios de esta última manera; por eso, más que deseo, podemos decir: **amor a la voluntad de Dios.**

Ese amor a la voluntad de Dios debe ser **universal,** es decir, extenderse a todas las manifestaciones de la voluntad divina, no sólo cuando manda, sino también cuando desea y cuando se manifiesta por medio de los acontecimientos.

Debe también ser un amor **exclusivo,** es decir, que no amemos nada fuera de la voluntad de Dios, lo que significa la muerte a nuestra propia voluntad y a nuestros propios deseos.

En resumen, **debemos amar todo lo que Dios quiere, sólo lo que Dios quiere y sólo porque Dios lo quiere.**

De esta manera la voluntad del hombre se va transformando y como fundiendo en la voluntad de Dios.

En esto consiste fundamentalmente la unión del hombre y de Dios, en la fusión de voluntades; por tanto, aquí está la esencia de la santidad.

* * *

Este es el rasgo común a todos los santos. No todos han sido mártires, ni grandes penitentes; no todos han guardado la virginidad ni han iluminado al mundo con su doctrina; pero sí todos han amado la voluntad de Dios y la han cumplido hasta el heroísmo.

El amor a la voluntad de Dios, cuando se transforma en una verdadera pasión que absorbe todas las energías del alma, es la señal más segura de que ha llegado a la madurez espiritual. En esto todos los santos coinciden.

Pero ¡qué más! el Santo de los santos, Jesús, de quien la Iglesia asegura que sólo Él merece llamarse santo: "**Tu solus sanctus**..", Jesús tiene este rasgo característico: toda la perfección de su vida, tan alta que nadie puede comprenderla, se cifró en el amor a la voluntad de su Padre Celestial.

Al entrar al mundo fué su primera palabra: "**He aquí que vengo, oh Dios, a cumplir tu voluntad — Ecce venio, Deus, ut faciam voluntatem tuam (6)**". Y esa voluntad no era nada fácil, puesto que era su Sacrificio.

(6) Ps. XXXIX, 8. — Hebr., X, 7-9.

Y la abrazó generosamente; por eso "**se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz**".

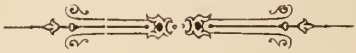
Durante toda su vida esa fué su gran preocupación: "**Mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre (7)**", decía a sus discípulos. Su adhesión plenaria a la voluntad divina la expresaba diciendo: "**Sea así, Padre mío, porque tal es tu beneplácito divino — Ita, Pater, quoniam sic fuit placitum ante te**". Y pudo, sobre todo, decir esta palabra que es pura esencia de santidad y de la más alta perfección: "**Quae placita sunt ei facio semper — siempre hago lo que más agrada a mi Padre (8)**".

Y el cumplimiento de esa voluntad no siempre fué una satisfacción, a las veces fué la victoria en la terrible lucha entre la voluntad divina y los legítimos anhelos de la voluntad humana, como cuando agonizó en Gethsemaní. Después de una lucha tremenda, exclamó: "**Non mea voluntas, sed tua, fiat! — ¡No se haga mi voluntad, sino la tuya!**"

Y antes de morir, desde lo alto de la Cruz, contempló todo el panorama de su vida para ver si quedaba una tilde siquiera de la voluntad de su Padre que no hubiera cumplido; y viendo que todo está cumplido perfectamente, exclamó: "**Consummatum est!** — la voluntad de mi Padre está perfectamente cumplida". Y sólo entonces, inclinando la cabeza, entregó su espíritu... (9)

Ante ese ejemplo de Jesucristo, no es de extrañar que todos los santos, sobre todo al fin de su vida, no tengan ya muchos deseos, sino uno solo; no tengan muchos afectos, sino uno solo: el deseo, el amor, la pasión por la voluntad de Dios...

J. G. TREVIÑO.
M. Sp. S.



(7) *"Meus cibus est ut faciam voluntatem ejus qui misit me"*. Joan., IV, 34. *"Non quaero voluntatem meam, sed ejus qui misit me"*. Ibidem, V, 30. *"Descendi de caelo, non ut faciam voluntatem meam, sed ejus qui misit me"*. Ibidem, VI, 38.

(8) Joann., VIII, 29.

(9) Cf.: L-J. Callens, O.P., *Le progrès spirituel.*

El Camino regio del Amor

— XI —

AMOR Y OBEDIENCIA

(Concluye)

Si consideramos con atención el sentido profundo de la obediencia cristiana y de la obediencia religiosa, si ahondamos en esa idea luminosa de Mons. Gay: que el superior es como el sacramento de la voluntad de Dios, encontraremos las condiciones que debe tener la obediencia para que sea perfecta.

Debe ser, desde luego, **sobrenatural**, de tal manera que el motivo por el cual se obedece sea porque aquello es la voluntad de Dios, manifestada por el superior.

Se puede obedecer por motivos naturales: porque el superior manda con muy buen modo, porque es muy prudente, porque se le ama, etc. Eso no es obedecer sobrenaturalmente. Sin duda que esas cualidades facilitan la obediencia; pero no deben ser el motivo de ella.

¿Por qué se obedece? Porque Dios lo quiere, porque lo que dice el superior es lo que Dios quiere.

* * *

La obediencia tiene que ser **universal**, de tal manera que todo lo que cae bajo la obediencia se tiene que cumplir. No unas cosas sí y otras no. Porque si a unas cosas se obedecen y a otras cosas no, se ve claramente que no se obedece por un motivo sobrenatural. Se obe-

dece entonces a lo que le agrada a uno, a lo que le parece a uno bien mandado. Y no tiene que haber distinción: a todo lo que se manda se tiene que obedecer, porque el motivo es el mismo: si obedezco porque lo que se me manda es la voluntad de Dios, como todo lo que se me manda es la voluntad de Dios, a todo tengo que obedecer sin distinción, lo que me agrada y lo que no me agrada, lo que es difícil y lo que es fácil, lo que me parece bien mandado y lo que no me parece bien mandado. Todo, absolutamente. Debe ser universal la obediencia.

Y si no debemos fijarnos en las cualidades del superior para obedecerlo, mucho menos debemos fijarnos en sus defectos.

El superior tiene sus defectos como los tenemos todos en este mundo, porque fuera de Nuestro Señor Jesucristo y de la Santísima Virgen María, todos, hasta los santos, han tenido defectos y miserias. "**Tu solus Sanctus**, —dice la Iglesia—, **Tú eres el único Santo**". En ese sentido de no tener defectos, el único Santo es Jesús, y la Santísima Virgen, que es la copia exacta de Nuestro Señor. Fuera de ellos, todos tenemos defectos. Y en especial Nuestro Señor permite que los superiores los tengan para ejercitar la obediencia de sus súbditos.

No tienen que ver nada los defectos del superior con la obediencia. Para poder adorar la Eucaristía, ¿nos hemos puesto alguna vez a fijarnos cómo está la forma, cómo están las especies? Esta Hostia está hecha de un trigo muy moreno, o este es un pan muy áspero, muy corriente, o no está bien hecha la Hostia. ¡Qué importa que sea de un color o de otro, que esté áspera, que esté tersa, que esté bien hecha o no! Eso no significa nada, ni quien se fije en eso, porque sólo se trata de las especies que ocultan a Nuestro Señor, es decir, adoramos las especies pero porque encierran a Jesucristo.

Las cualidades o defectos del superior son como las especies de este sacramento de la obediencia: lo que ocultan es la autoridad, es algo divino, es a Dios, que habla por el superior de una manera auténtica, para revelarnos su voluntad.

De manera que para la obediencia nada, absolutamente nada tiene que ver que el superior sea bueno, o malo, o regular, que tenga este defecto o aquella cuali-

dad; como no tiene que ver el color y la forma de la Hostia para que adoremos a nuestro Señor Jesucristo. Lo mismo adoramos a una Hostia muy blanca que a una trigueña; a una Hostia tersa que a una que no lo sea; lo mismo adoramos a una Hostia completa que a un fragmento, a una partícula que tenga una figura cualquiera. Eso no nos importa. Lo que importa es que allí está Jesús.

Lo mismo tiene que pasar con el superior: no debe importarnos ni los defectos ni las cualidades: ¿es Jesús? ¿allí está Jesús? ¿por el superior, por su conducto, nos comunica Jesús auténticamente su voluntad? —Entonces debemos obedecer.

Y esto mismo nos lleva a la conclusión de que debemos obedecer a todos los superiores, cualquiera que sea su rango. De tal manera que hay que obedecer a los Superiores mayores, y a los intermedios, y a los inmediatos, en aquello que puedan mandar, y aún a los que suplen temporalmente a los superiores.

Hay jerarquía de superiores, pero no debe haber jerarquía en la obediencia. ¿Si lo manda un superior del último rango, lo voy a cumplir sin preocuparme de que salga bien; pero si lo manda un superior de grado más elevado, lo voy a cumplir mejor? —No, hay que cumplir perfectamente lo que manda uno y lo que manda el otro; naturalmente cada uno dentro de su radio de acción.

Y esto lo vemos claramente con el ejemplo de la Eucaristía, insistiendo en la idea de Monseñor Gay: cuando pasa alguien con el Santísimo en la mano, ¿no adoramos al Santísimo, sea quien fuere el que lo lleva? Que lo lleva un sacerdote; está bien. Que lo lleva un diácono: ¿no hay que adorarlo lo mismo? ¡No importa que lo lleve un diácono, que lo lleve quien lo llevare, Él es! ¡Qué importa que lo lleve un seglar, como en el tiempo de la persecución!

Que lleve la autoridad un superior o que la lleve un suplente, que la lleve un superior de mayor o menor categoría, si lleva lo divino de la autoridad, si nos comunica auténticamente la voluntad de Dios, tenemos que obedecer.

Debe ser también la obediencia no solamente exterior, sino interior. De tal manera que no solamente se ponga la obra mandada, sino que también la voluntad se adhiera a aquello que se hace

Si exteriormente se hace la obra mandada, pero interiormente se murmura y no se adhiere uno a la voluntad de Dios manifestada por el superior, esa obediencia no es perfecta.

Muchas veces, —sobre todo cuando se trata de obedecer a autoridades civiles—, se cumple lo mandado a regañadientes, sólo para evitar la multa o la sanción que tenga; pero interiormente se dicen horrores contra los que dieron aquélla disposición.

No debe el cristiano obedecer así, ni siquiera a las potestades civiles; cuando legítimamente mandan, debe obedecerlas no solamente en lo exterior, sino también en lo interior, con el corazón.

Porque tenemos que adherirnos a la voluntad de Dios. La voluntad de Dios no solamente hay que hacerla para no incurrir en una pena, no: hay que cumplirla porque es sabia, porque es buena, porque es santa, porque es amorosa; sobre todo, porque Dios tiene plenísimo derecho a mandarnos, porque su voluntad es la norma de nuestra vida.

Cuando el superior ordena, nos da a conocer auténticamente la voluntad de Dios. Tenemos que abrazarla con el corazón.

* * *

Ejemplo de obediencia es San José.

Lo poco que nos dice el Santo Evangelio nos da a conocer la perfección con que él obedeció: fué a Belén por obedecer a la autoridad civil. El César mandó que todos fueran a empadronarse al lugar de su origen. Lo haría por razones de orden, lo haría quizá por motivos de soberbia, para saber cuántos eran sus súbditos. ¡No importa! San José obedece y va a cumplir aquella orden. Si no hubiera obedecido, le hubiera descompuesto a Dios sus designios: estaba profetizado que había de nacer Jesús en Belén.

Y creo que entonces, lo mismo que ahora, no faltaban maneras de eludir las leyes. Pero, ¿las dieron? ¡A obedecer!...

Después del nacimiento de Jesús, un ángel va en medio de la noche y le dice: "**Toma al Niño y a la Madre y vete a Egipto**". "**Y él tomó al Niño y a la Madre y se fué a Egipto**". Cualquiera otro se hubiera puesto a discutir con el ángel: "¡Pero, ángel de Dios! ¿cómo voy a hacer ese camino tan difícil? ¡es larguísimo! ¡y muy penoso! ¡y no tengo recursos! ¡y mi esposa está delicada! ¿Qué Dios no podría de alguna otra manera proteger la vida del Niño?"

Pero no hace la menor objeción, sino que sencillamente, va a cumplir con la voluntad de Dios.

Así se debe obedecer.

Claro, no está prohibido que en alguna ocasión, sobre todo cuando el superior ignora algún detalle, se lo digamos respetuosamente, pero nada más; no querer sacudir el yugo, sino solamente darle al superior algún dato que convenga que conozca.

* * *

Y hay que obedecer no solamente aceptando con el corazón, con la voluntad, lo que se manda, sino también, **sujetando su juicio** al juicio del superior.

Esta es una de las cosas más finas y más perfectas de la obediencia, de lo más difícil que hay: sujetar el juicio.

Porque cuántas veces, aun cuando no se diga así, pero en el fondo equivale a decir: "Yo obedezco porque el superior me lo manda y lo acepto todo, pero no estoy de acuerdo con esta disposición; debía haber mandado esto otro. Sujeto lo exterior, sujeto hasta mi voluntad; mi juicio, no". Es el último reducto del "yo"...

Ciertamente es difícil sujetar el juicio, es lo más difícil que hay.

Sin embargo, para quien vive de fe, hasta esto se puede realizar.

¿Sujetar el juicio quiere decir que digamos que es blanco lo que estamos viendo negro? No.

En primer lugar, es mucha jactancia creer que lo que nosotros pensamos es siempre la verdad. ¿Quién nos ha hecho infalibles?

El único infalible aquí en la tierra es el Papa, y eso con tales o cuales condiciones, no siempre: sólo cuando habla "ex cathedra" y en materia de fe y de costumbres. En otras cosas, hasta él se puede equivocar.

Pero cuando no sujetamos el juicio al superior, decimos: —El superior piensa esto; sí, pero yo pienso esto otro. Y ante el tribunal de mi juicio, juzgo mal al superior. Si sabemos que todos nos podemos equivocar, si sabemos que ninguno es infalible, fuera del Papa, si sabemos que muchas veces nos tenemos que equivocar, ¿por qué hemos de preferir nuestro juicio al juicio del superior?

Hasta la prudencia exigiría esto: yo pienso así, el superior piensa de otro modo; yo me puedo equivocar, el superior se puede equivocar; entonces, ¿qué hacemos? —Sencillamente, el superior tiene la autoridad y, por consiguiente, lo que él dice esa es la voluntad de Dios, y yo debo sujetar mi juicio al suyo.

Es mucha soberbia creer que nuestro juicio es el único verdadero en todos los asuntos.

Y en caso de duda, claro está que tenemos que ir a donde está la autoridad. Y aunque no hubiera duda; suponiendo que un ángel viniera a decirme: "Lo que tú piensas es verdad", yo debo, por obediencia, sujetar mi juicio al juicio del superior, porque él es el que me revela auténticamente la voluntad de Dios.

* * *

Y la obediencia tiene que ser también **rápida, pronta**, de tal manera que cuando manda el superior, no debemos dejar pasar el tiempo y obedecer hasta que a bien lo tengamos, sino obedecer luego, según lo que se nos mande.

Imaginémonos que un día, por ejemplo, quisiera Nuestro Señor Jesucristo aparecerse visiblemente en nuestra casa y pasar todo el día en ella; si nos pidiera algo, estoy seguro de que habría una diligencia extraordinaria para llevar inmediatamente lo que deseaba Nuestro

Señor. Nadie se atrevería a decirle: "Sí, Señor, ya voy a hacerlo", y dejara pasar las horas sin hacerlo. ¡No! el gusto de servirlo y de hacer su voluntad, haría que todo se hiciera con suma rapidez.

Pues bien, lo mismo da que Nuestro Señor se aparezca y nos pida una cosa, a que el superior nos la ordene; tan es una como otra la voluntad de Dios. Y en cierto sentido, prefiero al superior; porque en esas apariciones, todavía me quedaría duda: "¿será? ¿no será?" Mientras que del superior no me cabe duda que es Jesús. De manera que lo que el superior me diga, eso es auténticamente algo que me pide Jesús. Lo que me diga una aparición, tal vez sea, pero... tal vez sea una alucinación.

Imaginémonos lo que sería esta vida, si todos obedecieran con perfección. No solamente progresarían todos en la santidad, porque todos cumplirían la voluntad de Dios, sino que este mundo sería como un trasunto del cielo.

Nuestro Señor nos revela que cuando se cumple en la tierra la voluntad de Dios, la tierra se parece al cielo: "Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo". Allá en el cielo se cumple en todo y por todo la voluntad de Dios, la tierra es un cielo, un trasunto del cielo. Y no solamente es un trasunto del cielo, porque se hace aquí lo que se hace allá; sino porque cumpliendo en todo y por todo la voluntad de Dios, las almas disfrutan de una paz y de una tranquilidad que verdaderamente nos hacen pensar en el cielo.

LUIS M. MARTINEZ
Arzobispo de México.

"HACIA EL DIVINO PADRE"
Ensayo sobre la espiritualidad del P.
FELIX DE JESUS ROUGIER,
por el P. J. Padilla, M. Sp. S.
$ 7.50, rústica.

"Si no os hiciereis como niños..."

— III —

HACERSE como niños es asunto de equilibrio; pero ¡qué difícil es equilibrar las fuerzas y tener un regulador que funcione bien y dé armonía al trabajo de una máquina!

Nadie en la vida humana camina por una línea recta. Es forzoso que las sendas trazadas en la tierra, las tan indecisas en el agua y las adivinadas en el aire, dejen que tanto el hombre como los vehículos en que viaja describan las más diversas sucesiones de líneas rectas, quebradas, curvas. Y no sólo según la extensión, sino también si se considera la altura respecto al centro de la tierra.

En el orden moral sucede lo mismo. Y así en lo espiritual.

La infancia espiritual se ha definido por un dulce abandono en manos de Dios. El camino espiritual de infancia es abandonarse al camino una vez que se ha entrado por él.

El niño no se pone a pensar si ese camino de curvas llevará al término más tarde. Eso le toca al hombre infatuado, que sólo conoce de Matemáticas y desconoce las alegrías de confiar y de encontrar la belleza. Al

fin, el matemático, después de mucho calcular, viene a quedar en lo mismo, en que el camino trazado por los hombres primitivos carece de cunetas, pero es buen camino.

El niño no duda, va derecho a su fin, no tiene que cavilar. Su cerebro no tiene tántas razones como para que luchen unas contra otras.

Para el que sabe a donde hay que ir y ve el camino por donde hay que ir, no hay problemas de fondo, porque lo que principalmente atañe a la mente humana es saber el término y conocer el medio.

El niño es tan avisado en sus actividades, que luego sabe lo que quiere y sabe el medio por donde se consigue. Esto digo pensando en las ordinarias actividades del niño.

El ignorará las leyes psicológicas al modo que en los manuales se explican, ignorará la trabazón y las postreras consecuencias de un capricho; pero lo que quiere lo sabe.

El hombre de edad se ilusiona pensando que intenta tal o cual cosa y se engaña a sí mismo. Parece que quiere un progreso y un adelanto del arte en su país, en su escuela, y no quiere sino obtener preeminencias y adquirir dineros y comodidades y lucir títulos.

Con cuánta frecuencia la sagacidad que se encumbra hasta los secretos de las reacciones de compañeros y de extraños, se pierde y se extravía cuando escruta los pliegues del propio corazón.

Y si a sí mismo se engaña, de balde insistimos en que engaña a los demás.

¡Qué difícil es dar con el subsuelo de ese jardín que vemos, si nos contentamos con admirar las flores! ¡Qué tesoros o qué corrupción ocultará el piso de la tierra fecunda que hemos visto engalanada con los colores más atractivos y las formas más elegantes de las flores!

* * *

El niño, natural y espontáneo, es hasta ferozmente verídico y justiciero.

El niño no es el contador de negociación que tiene dos libros de caja, el verdadero y el ficticio; el que gobierna y rige la marcha del negocio y el otro que es

una supuesta contabilidad por la que se regirá el fisco y en la que cada cosa vale menos y produce menos.

Cuando tiene un fin, no ve ni entiende ni quiere otra cosa. Pone toda su alma en eso. Si él quiere conseguir un juguete, no quiere comer ni dormir ni otra cosa. Si quiere una golosina, el mundo está convertido para él en una enorme contrariedad, es una contragolosina, es una sombra de amargura sin tamaño que toma todas las formas y se hace todas las cosas.

¿Sabe el niño el camino para obtener el fin que desea? Pues manos a la obra y sin pensar.

Quiere una fruta y para ello es menester trepar por los tejados y lanzarse a la rama resbaladiza del árbol, no importa. El camino más a propósito y que no consiente en titubeos es irse sorteando las dificultades hasta alcanzarlo. Ya no hay más. Fué sagaz en descubrir lo que quiere, es sagaz en poner los medios, casi impensadamente, y lo alcanza.

Para él no hay peligros ni consecuencias graves, ni oposición, ni duda. Irá derecho al objeto, siguiendo espontáneamente la línea que traza el camino y llegará a lograr lo que pretende.

Esto es verdad pura, monda y lironda, casi ramplona y chabacana. Pero, ¡cómo ilustra la genuina enseñanza evangélica sobre la humildad!

* * *

Ser como niño es vivir espontáneamente del conocimiento del fin y de los medios.

Espiritualmente ser niño es conocer el fin de la vida humana, moral y espiritual, saber el destino final y eterno que Dios nos ha señalado.

Conocer el fin sin cavilaciones que hagan anatomía y desequen el esqueleto, sin remilgos de erudición y de escrutinios de ciencia. Dios no dejó la verdad en manos de las Academias ni nos dejó los Evangelios para que llenemos páginas y borroneemos silogismos. Hay que conocer el fin abriendo los ojos y dejando que el buen sentido, el sentido común, nos ponga ante la verdad.

Si hay buena intención y se busca por encima de la pasión, perturbadora y sanguínea, el alma, al estilo del niño, conocerá el fin, lo conocerá hoy o mañana, más probablemente hoy, porque el reloj de la Providencia

mueve los buenos relojes y deja que los descompuestos se adelanten o se atrasen.

El hombre que con limpieza de corazón busca el fin sigue el mismo camino que el niño: va simplemente hacia él.

Y en cuanto a los medios, el buen sentido del niño le depara a éste lo que más le conviene; al hombre que busca la verdad no le está mandado que recorra los tratados de los filósofos y guste sus elucubraciones. Los medios están al alcance de su mano, no los medios de que disponen muchos hombres, ni los medios absolutamente más eficaces, sino los medios que para él son los que providencialmente lo llevarán a la verdad.

* * *

A veces pienso que para alcanzar nuestro fin, para vivir plenamente las enseñanzas que incluye el llegar a ser como niños, no es menester pensar tanto.

Al pobre hidalgo de la Mancha **"del mucho leer y del poco dormir se le secó el "celebro" de manera que vino a perder el juicio".**

No es menester pensar tanto.

No es menester que nos devanemos los sesos para dar con la verdad ni mucho menos que, una vez conocida, vivamos en la perenne inquietud que hostiga continuamente al buen humor y lo pone como plantita que muere por la helada.

Tomemos el ejemplo del niño.

Por algo el Maestro más apto para enseñar desde los rudimentos hasta las altas contemplaciones señaló al niño como ejemplar subido y acabado de vida espiritual.

En aquel reino de Dios las cosas parecerán, por la terminología evangélica, un reino de juguete hecho para una diversión fugaz y para un entreacto de la vida humana, o como un descanso de la tragedia dolorosa que vivimos en el mundo. Pero con terminología de juguete fugaz será el único reino que en la tierra traspasará los límites del tiempo y sin enmohecerse se hará de la eternidad.

TARSICIO ROMO,
M. Sp. S.

La vida de unión con Jesús

SEGUN LA DOCTRINA DE MONS. GAY

TRES palabras parecen compendiar toda la vida de Jesús: **la oración, el trabajo y el sufrimiento.** Es por tanto preciso orar, trabajar y sufrir con Jesús.

"Puesto que Dios es padre, —escribía Mons. Gay—, seamos hijos; puesto que es padre y que no ha podido verdaderamente tener sino un hijo y este hijo es Jesús, seamos Jesús; Jesús en la oración, Jesús en la acción, Jesús en la conversación, Jesús en la prueba, Jesús para Dios, Jesús para el prójimo; Jesús únicamente, Jesús siempre (1)".

En este texto el eminente escritor determina los diferentes puntos en los cuales debe ejercitarse la vida de unión. De ellos haremos el tema de varios capítulos y consagraremos éste a comentar esas palabras: "**Seamos Jesús en la oración**".

LA ORACION

La oración puede considerarse como el homenaje necesario que la criatura rinde al Creador y desde este punto de vista abraza todos los actos que se refieren a

la virtud de Religión. Es también el grito del alma indigente que reclama ayuda y pide socorro.

Ahora bien, un alma unida a Jesús debe cumplir como Él y con Él, bajo esta doble forma, el deber de la oración.

"Es necesario confesar a Dios, rendirle bajo todas las formas del testimonio y del homenaje el culto supremo que le es debido. Es necesario saber, confesar, declarar, que Dios es Dios y que Él es el único en serlo: saberlo con certidumbre, confesarlo con sinceridad, declararlo con satisfacción. Debemos estar convencidos que por razón de su excelencia Dios es digno de toda adoración, de toda admiración, de toda alabanza, de toda sumisión, de todo amor y tratarlo siempre según esta convicción".

"Debemos creer y afirmar que es necesario complacernos en Él más que en todo lo que no es Él y preferirlo a tal punto que, ante el amor que le profesamos, los amores más legítimos, más sagrados, más fuertes, más tiernos, cedan y se desvanezcan, semejantes a "**esas montañas**" de las cuales la Escritura nos dice que "**ante la presencia del Señor se funden como la cera y se derraman como el agua** (2)"

"David era de este sentir y pagaba esta deuda cuando decía: "**Tú eres mi Dios, Señor, y te confesaré; eres mi Dios y te exaltaré** (3)". Recorramos nuestros Libros Santos y encontraremos que ese deber se recuerda en todas partes y siempre como una obligación principal e indispensable. "**Sabed, oh hijos de Adán, sobre todo tú, raza de Israel, que el Señor es verdaderamente Dios. Él es el que nos ha hecho; no nos hemos hecho a nosotros mismos. Confesadle cuando franqueéis el umbral de su santuario y no abordéis su pavimento sino cantándole himnos** (4)".

"Todo el Salterio no es más que una confesión y una alabanza. Por esta razón, entre otras, la santa Iglesia lo pone de oficio entre las manos de sus sacerdotes y

de sus consagrados para que sea como la sustancia del homenaje religioso que en nombre de la creación y en unión con ella rinde a Dios cada día".

"¿Quién no sabe también, quién no ve que el universo no deja de confesar a su Creador? "**Su obra**, dice el Salmista, **no es más que una vasta confesión y una verdadera magnificencia** (5)". Los cielos proclaman su gloria y la tierra muestra sobre su faz el nombre admirable de Dios escrito por dondequiera (6). En la plena libertad que les proporciona su bienaventuranza, los ángeles no cesan jamás de alabarlo: "**¿A dónde estabas**, dice Dios a Job, **cuando los astros de la mañana** —quiere decir los Primogénitos de su Corazón, que son los espíritus bienaventurados— **¿a dónde estabas, cuando los astros de la mañana comenzaban ya ante mí el canto de su júbilo?** (7)". Isaías los ve en su gloria; son todo ojos; todo su ser no es más que una mirada; son puras inteligencias siempre alertas, siempre activas, que no conocen distracción ni lasitud alguna. Ahora bien, porque contemplan perfectamente la faz de Dios y profundamente la penetran, claman día y noche: "**Santo, Santo, Santo, es el Señor, el Dios de esas multitudes innumerables que rodean su trono como un ejército** (8)". Los veinticuatro ancianos, que el Apocalipsis nos muestra como lo más escogido del género humano y el senado del cielo, tomando parte en este concierto, no tienen sino una voz con los ángeles para celebrar al Dios viviente (9)".

"Desde el origen y en la sucesión de los siglos, esas confesiones celestiales han encontrado mil ecos sobre la tierra. Los Patriarcas, Enós, Noé, Abraham —el padre de los creyentes—, Moisés —el salvador de su pueblo—, David, Salomón, Ezequías y todos los santos reyes; Daniel y los Profetas; Tobías, Esdras, Nehemías, los Macabeos y todos los justos; Débora, Ana, Judith, Esther y las otras santas mujeres; todos los que Dios ha amado, bendecido, inspirado e ilustrado; todos los que

lo han conocido, adorado y servido; todos lo han confesado a porfía con entusiasmo de fe y de piedad donde ponían todo su ser".

"Y ¿qué decir de María en su **Magnificat**, sin hablar de todo lo que cantó a Dios en el secreto de su corazón?"

"Jesús, sin embargo, la sobrepasa; Él, que exclamaba: "**Te confieso, oh Padre, y te rindo testimonio; te alabo y te doy gracias, te declaro y te glorifico** (10)". ¡Y cuántas veces lo repitió en los días de su vida mortal! ¿No parece que sea ésta la cima de su obra en este mundo, puesto que, llegado al término, repite aún: "**Padre, te he revelado y glorificado sobre la tierra, y así he consumado la misión que me confiaste** (11)"?

"Por eso el Papa San Clemente escribe: "**Dios no tiene ninguna necesidad, puesto que es el dueño de todo; por eso no desea y no pide nada fuera de que se le reconozca y se le confiese por lo que es** (12)".

"Todos nuestros santos no son apóstoles, todos no son mártires, ni doctores, ni pontífices, ni vírgenes; pero todos sin excepción son confesores; y es preciso que lo sean; porque ese es un título indispensable a la canonización y al culto. "**El que me confiese ante los hombres**", dijo Jesucristo, —aquí está la gracia y la virtud—, "**Yo lo confesaré ante mi Padre** (13)" —aquí están la gloria y la bienaventuranza—".

"Desde que Jesús nació, la paz fué devuelta a la tierra; —¿por qué?— porque el recién nacido de Belén comenzó a dar gloria a Dios en las alturas del cielo (14). Este deber es por tanto cierto, imperioso, universal".

* * *

"Dios y todo lo que es de Dios es el objeto de esta confesión: Dios, desde luego, en la unidad de su naturaleza y en la Trinidad de sus personas; Dios en sus procesiones, en sus relaciones, en su unión inefable; Dios y las innumerables perfecciones de su simple y única esencia: su eternidad, su inmensidad, su inmutabili-

dad, su hermosura, su sabiduría, su ciencia, su poder, su amor, su bondad, su santidad, su felicidad. Cada uno de estos atributos y de los demás que pueden descubrirse tienen derecho a un culto especial; y rendirlo es quizá más delicioso que justo (15)".

"Es claro que esta confesión, cuyo objeto acabo de manifestar, debe corresponder a nuestra naturaleza y todo lo que somos debe emplearse en ella. Dios la quiere interior y exterior, espiritual y corporal, privada y pública. El alma debe aplicarse a ella con todas sus facultades y el cuerpo con todos sus miembros y sus órganos. Al recordarnos cada día este deber, la Iglesia implora para nosotros, a la hora de Tercia, la gracia de serle fiel: "**Rostro, lengua, espíritu, energía moral y física**, canta la Iglesia, **que todo en nosotros sea para Dios una confesión, una alabanza y un cántico** (16)".

Fuera de los actos regulares de culto, es evidente que toda nuestra vida debe ser un homenaje rendido a Dios. Así era como oraba Jesús y esta oración excelente la practica el alma que se une a la divina oración de Cristo.

"Esta oración, dice Mons. Gay, no consiste en proferir palabras, aun cuando expresaran pensamientos justos y sentimientos piadosos; consiste en dar interiormente la vida a Dios, en exhalarla en Dios, por decirlo así, entregándole de esta manera todo el ser sin ninguna reserva. Esta oración es un sacrificio. Aun cuando se pueda con ella obtener todo, no se pide nada; solamente se paga a Dios una deuda, se cumple hacia Él la justicia, se hace simplemente lo que es verdadero, bueno, esencial, para una criatura con relación a su Creador".

"Es una adoración, es el acto mismo de la religión y el ejercicio del culto. No hay necesidad alguna de saber si este acto aprovecha a quien lo hace; basta que convenga al Dios que honra, al Dios que posee en sí todos los títulos para recibirlo. Es una pura referencia al soberano Señor de todas las cosas, una pura alabanza, una pura confesión".

"Se siente que en Jesús esta oración tiene una fuerza y un alcance inmensos. Sube directamente a Dios, lo estrecha, lo penetra; y no puede Él sino complacerse en ella y recoger su gloria y saborear su gozo".

"Sin duda alguna que así es sobre todo como Jesús ora en el cielo. Allí, más que hablar, se muestra y se entrega. Pero debió comenzar por orar así sobre la tierra; y aunque el Evangelio refiere sus frecuentes acciones de gracia y sus súplicas, se puede creer que, aun agradeciendo e implorando a su Padre, en el fondo y ante todo lo adoraba de la manera que acabamos de exponer (17)".

* * *

Tal es también la forma de oración de Jesús en la Eucaristía.

"Jesús mío, le dice el piadoso prelado, ¿qué haces en el impenetrable secreto de tus sagrarios? Saber que estás allí es ya para todos una ciencia de paraíso y la fuente de gozos exquisitos; pero ¿qué haces allí? Obras sublimes seguramente, obras innumerables. Todas resultan de tu estado; son la actividad misma del estado sacramental; y como de allí nacen, llevan también todos sus caracteres".

"Una de esas obras y evidentemente la primera es tu respuesta a los derechos de Dios y el honor que le rindes confesándolos, adorándolos, invocándolos y entregándote a ellos. Esos derechos, en cuanto a ti, son como la mirada, la acción, la irradiación y la impresión viviente de todas las perfecciones de Dios en ti; son la fuerza espléndida, la consecuencia a la vez natural y como la reclamación esencial de su paternidad, de su autoridad, de su justicia, de su santidad, de su poder, de su bondad, de su amor y de su excelencia absoluta".

"Ahora bien, en la Eucaristía más perfectamente que en ninguna parte, —a mi parecer—, se puede decir que todo tu Misterio y por tanto toda tu religión se resume, se condensa y se consuma. Oculto bajo esas especies sagradas, todo tu ser humano se somete, se dilata, se

funde, y por decirlo así, se licúa bajo cada una de esas adorables perfecciones divinas, como la cera bajo la presión de un sello candente. Por otra parte, esto no es en ti una pura pasibilidad, sino más bien una sujeción, una tradición de ti mismo, libre, consciente, plena, ardiente, gozosa. Toda tu energía se emplea en doblegarte, en abajarte, en extenderte, en aniquilarte, bajo el imperio majestuoso de los derechos divinos (18)''

* * *

A las almas enamoradas de Jesús y asimiladas a Él por el sufrimiento, Mons. Gay les recomienda que se expansionen en cierta manera en Dios. ''No trates de orar de otra manera, decía a una de sus hijas espirituales, sino diciendo: AMEN, por amor a Jesús y como Jesús. Tu estado de sufrimiento es ya una oración; y esta oración vale más que todas las otras. Los doctores dicen que, mostrando sus llagas a su Padre, Jesús intercede por nosotros en el cielo. Haz como Él y di de corazón, di con frecuencia esta hermosa oración de David: ''**Respice in faciem Christi tui! — ¡Contempla, oh Dios, la faz de tu Cristo!**'' Ese Cristo eres tú, que languideces, que sufres, que eres dócil y amante. Invoca esa mirada de Dios; la luz saldrá de ella y te inundará; la misericordia brotará de ella y te cubrirá totalmente (19)''.

* * *

Esta oración, tan eficaz aunque silenciosa, puede ser de todos los instantes y puesto que el corazón ora desde que es puro y se adhiere a Dios, debemos esforzarnos en hacer nuestra una forma de oración que no tiene obstáculos. ''Que la oración no cese de elevarse de tu corazón, —escribía a un alma Mons. Gay—, como una nube de incienso que sube hasta el Padre Celestial. Aun callándote, aún absorbida por el sufrimiento, puedes orar. Recuerda estas dos grandes palabras de la Escritura: ''**Tu alabanza, oh Dios, es el silencio**'', y ''**De la boca de los niños y de los infantes has sacado tu más**

perfecta alabanza". ¡Dios te quiere tan pequeña! Contempla la Eucaristía, es en todo tu modelo (20)".

"Pórtate como los bienaventurados, decía a otra alma, ante el trono, es decir, ante la soberanía de Dios y como el Cordero que por el honor de esta soberanía quiso ser inmolado. Lo fué sobre la cruz, pero después de haberlo sido toda su vida. Y esta inmolación le agrada tanto, que decidió continuarla hasta el fin de los tiempos. La Eucaristía nos revela esta hambre sagrada de su Corazón y nos da ese Corazón a fin de que el nuestro se le parezca y esté como Él sediento de justicia. Querida hija, no te quejes de nada, antes da gracias de todo y canta sin interrupción este cántico: "**Días y noches, fríos y calores, bendecid al Señor** (21)".

* * *

Poca cosa son nuestras alabanzas creadas, aun unidas a los de todos los seres de la creación. Nuestro amor quiere para Dios una gloria más grande. Con qué ardor describe Mons. Gay este tormento de las almas santas: "No podemos conocer a Dios tal como Jesús nos lo revela, no podemos acercarnos a Él como podemos hacerlo en Jesús, no podemos tener de Él el sentimiento, el gusto, la experiencia que la gracia del Evangelio nos da, no lo podemos poseer en fin, en la medida en que los sacramentos nos lo entregan, sin que se apodere de nosotros una necesidad desconocida que se transforma en una especie de pasión".

"De esa pasión, Dios es al mismo tiempo la razón y el objeto; pero Dios considerado en sí mismo, abstracción hecha de todos nuestros derechos. Aunque supiéramos que por imposible no tendríamos nunca con Dios otras relaciones que las que tenemos ahora, que jamás veríamos su faz, que no seríamos acogidos en su seno, que no tendríamos parte en su bienaventuranza, las almas nobles, a pesar de eso, seguirían presas de esa pasión divina".

"Dios, en efecto, es un ser, una plenitud de perfección, un océano tan vasto, un tesoro tan inagotable de

vida, de hermosura, de bondad, de felicidad; es con relación a las criaturas una tan magnífica suma de poderes y de derechos, aún sin hablar de ese diluvio de bienes del cual es la fuente inagotable para todo lo que existe; que se experimenta hambre apremiante e insaciable de ver esa perfección honrada, exaltada, adorada; esos derechos confesados y aclamados; esa munificencia reconocida y agradecida, tanto cuanto lo merece, es decir, tanto cuanto es posible".

"Esta hambre divina está en el fondo de muchas vocaciones sacerdotales y religiosas, y casi no se comprende que un sacerdote o un alma consagrada a Dios no la haya experimentado; más aun, que no la experimente de una manera habitual. Nos aplicamos, nos empleamos en saciar esa hambre divina; pero hágase lo que se hiciere, nos sentimos siempre superados por ella. En vano ofrecemos todo a Dios, en vano le damos todo, por la intención o de hecho, y nos damos a nosotros mismos hasta la sangre; permanecemos siempre criaturas; no ofrecemos al Creador sino homenajes creados, es decir, imperfectos, limitados y que, no equivaliendo a su ser, no pueden equivaler tampoco a los deseos imperiosos con que nuestras almas iluminadas por Él sienten quemarse. Considerémoslo bien, sondeemos nuestro corazón de bautizados, veremos que no hay la plena paz en esto, sino cuando se ha podido poner el Infinito en nuestra religión, en nuestra gratitud, en fin, en nuestro amor por Dios".

"Pero siempre que hablo así, siento ya que tu corazón se estremece, late apresuradamente y me dice: ¡Pero todo eso lo tenemos en Jesús, lo tenemos desde el momento en que poseemos a Jesús! Jesús que es para nosotros todos los bienes, es también ese Bien supremo. Y bastaría que lo fuera para deshacernos de amor por Él. No deja de ser todos los demás bienes, pero es sobre todo éste".

"En todos sentidos, en efecto, en todos sus estados, en todos sus actos, Jesucristo equivale a Dios. Hace más que colmar la medida: lo que devuelve a Dios es sin medida. Dios es por Él honrado, adorado, agradeci-

do, obedecido, amado, tanto cuanto puede serlo. No digo, entendámoslo bien, tanto cuanto pudiera serlo por una creación por perfecta que fuese, o por creaciones sin-número; digo **tanto cuanto puede serlo**".

"La religión que Jesús rinde a Dios sin cesar, bajo mil formas y siempre en la plenitud y con toda la energía de su ser de Cristo, es un Dios el que la rinde. Sin duda que la rinde en cuanto hombre: como hombre se somete, se prosterna, ora, llora, sufre y al fin muere; pero lo que hace como hombre es verdaderamente su persona, es el Verbo, es por tanto Dios el que lo hace. Un solo suspiro escapado de sus labios sube más alto, va más lejos, tiene más valor, virtud, eficacia que todos los homenajes, todos los actos, todos los méritos de los ángeles y de los elegidos. Ese suspiro lanzado por el Infinito, va directamente al Infinito, lo abraza, lo llena, lo inunda; en fin, lo repito, equivale a Dios".

"¿Qué decir entonces y qué pensar de esa multitud de actos, interiores y exteriores, que sucediéndose componen la vida temporal de Jesús? ¿Qué decir y qué pensar de su pasión, de su muerte en la Cruz, en fin, de todo su sacrificio? Es algo que causa vértigo; pero ese vértigo nos da la paz, una paz gozosa, embriagadora, triunfante. ¿No sentimos, no convenimos en que pagar a Dios esta deuda suprema de la religión y del amor; pagarla, sobre todo, como Jesús lo hace, es incomparablemente más que pagar la deuda de nuestras faltas? Esa liberación del mundo por Jesús se refiere a nosotros, la religión de Jesús se refiere a Dios; ésta es la gloria de Dios, aquélla no es sino la salvación del mundo. No sabríamos decir hasta qué punto Jesús es grande como Salvador y Redentor; es mucho más, sin embargo, como Adorador y Religioso de su Padre".

"Pues bien, aún bajo este título, Jesús es nuestro. Su adoración, su alabanza, sus homenajes, sus respetos, toda la obra de su culto; sus acciones de gracias, no solamente por esa creación de la cual ahora forma parte, de la cual es para siempre el soberano, sino también y sobre todo por esa gracia suprema e infinita que es su unión hipostática; la gracia que lo hace Cristo, Hombre.

Dios, y verdadero Dios; la gracia de donde toda gracia dimana a la Iglesia y al mundo; su amor, en fin, tan sublime, tan humilde, tan puro, tan ferviente, tan constante, tan poderoso; su Corazón y la vida de su Corazón que es el foco de su vida eterna... todo eso es nuestro, todo eso es nuestro bien; un bien que se nos ha entregado a tal grado que podemos usar de él como de nosotros mismos, como de nuestra alma, como de nuestro cuerpo".

"Por la fe, por la caridad, por la fuerza de esta unión divina que nos constituye Cuerpo Místico de Cristo, no sólo adoramos, agradecemos, oramos, amamos a Dios, con Cristo y por Cristo, sino que le ofrecemos, le entregamos positivamente el amor, la oración, la acción de gracias, la adoración, la religión total de Cristo".

"En suma, como la unión hipostática hace que Cristo sea Dios, de la misma manera, la comunión, la aplicación que nos hace a todos y a cada uno de todo su Misterio hace que delante de Dios y por Dios seamos también Cristo. "**Ellos en Mí y Yo en ellos**, dijo en la Cena, **a fin de que sean uno como nosotros y consumados en la unidad (22)**". Vivir para mí es, pues, Jesús; sí, vivo, amo, adoro; amo a Dios, adoro a Dios, vivo para Dios; pero ya no soy yo, es Él, Cristo, quien vive, quien ama y quien adora en mí (23)".

SEMINATOR CHRISTI.

NOTAS

(1) 2e. série, p. 357. — (2) Ps. XCVI, 5. — (3) Ps. CXVII, 28. — (4) Ps. XCIX, 3-4. — (5) Ps. CX, 3. — (6) Ps. XVIII, 1. — (7) Job., XXXVIII, 7. — (8) Isai., VI, 3. — (9) Apoc., IV, 8. — (10) Matth., XI, 25. — (11) Joann., XVII, 4. — (12) S. Clem. Rom. *Epist. I ad Corith.* — (13) Matth., X, 32. — (14) Luc., II, 14. — (15) Instructions en forme de retraite, p. 68-72. — (16) Ibidem, p. 73-74. — (17) Elévations, II vol., p. 428-429. — (18) Ibidem, p. 363-364. — (19) 2e. série, p. 273-274. — (20) Ibidem, p. 328. — (21) 32. série, p. 328. — (22) Joann., XVII, 23. — (23) Instructions en forme de retraite, p. 254-259.

OBRAS

del Exmo. Sr. Dr. D. Luis M. Martínez

ARZOBISPO DE MEXICO

Volúmenes de 21 x 14 cms.

"EL ESPIRITU SANTO".—3ª Edición.—Tiene 4 tratados: I.—*La verdadera devoción al Espíritu Santo.* II.—*Los Dones.* III.—*Los Frutos.* IV.—*Las Bienaventuranzas.*—Con 420 páginas, $ 12.00.

"JESUS".—3ª Edición.—Páginas admirables sobre la fisonomía de Jesús.—Tiene 4 partes: I.—*Las enseñanzas de Jesús.* II.—*La transformación del alma en Jesús.* III.—*El interior del Corazón de Jesús.* IV.—*El descanso divino.*—$ 7.00.

"LA PUREZA EN EL CICLO LITURGICO".—Obra de grande originalidad, que nos presenta la pureza a través del ciclo litúrgico. Contiene además "Espigas litúrgicas", o scan varias elevaciones sobre las diferentes etapas del ciclo litúrgico.—Con 238 páginas, $ 4.00.

"SANTA MARIA DE GUADALUPE".—2ª Edición.—Magnífico comentario sobre las palabras de la Santísima Virgen en el Tepeyac. —Contiene además varios artículos guadalupanos.—Con 224 páginas, $ 4.00.

"A PROPOSITO DE UN VIAJE".—3ª Edición.—Notas personales e impresiones íntimas llenas de unción divina y de arte exquisito, a propósito de un viaje por América, Europa y Asia, $ 5.00.

"EL SACERDOTE", "*Misterio de Amor*".—Páginas llenas de elocuencia y de unción, de ideas profundas y luminosas sobre el sacerdocio católico.—Con 305 páginas, $ 6.00.

"ALMAS PROCERES".—Sugestivas monografías de algunas almas escogidas, $ 4.50.

"VIDA ESPIRITUAL".—Es la 2ª Edición de "Simientes Divinas" notablemente aumentada de 190 a 344 páginas, $ 7.50.

"LA INTIMIDAD CON JESUS".—Trata de la unión e intimidad con Jesús mediante el ejercicio de las virtudes teologales de fe, esperanza y caridad.—Un volumen de 280 páginas, $ 8.00 rústica.

"SECRETS OF THE INTERIOR LIFE".—Versión autorizada de "*Simientes Divinas*". Traducción del R.P. Beutler, C.M.—B. Herder Book Co.

"APUNTES PARA SERVIR A LA HISTORIA DEL ARZOBISPADO DE MORELIA por el M.I. Sr. Cngo. Lic. D. Juan B. Buitrón. —Prólogo del Excmo. Sr. Dr. D. Luis M. Martínez, Arzobispo de México.—Un volumen de 24 x 17½ cms., de 344 páginas, en magnífico papel biblios, con numerosos grabados y carátula a colores: Precio de propaganda: $ 15.00 rústica, $ 17.50 tela.

Editorial "LA CRUZ", Apdo. 1580.—México 1, D. F.

Nuevos precios para 1951.

Descuentos para libreros, agentes y suscriptores de "La Cruz".

OBRAS del Padre J. G. TREVIÑO, M. Sp. S.

Volúmenes de 21 x 14 cms.

"LA EUCARISTIA".—5ª edición.—Meditaciones sobre la Eucaristía, 232 páginas, $ 5.50. — Traducciones en inglés y holandés.

"CONFIEMOS EN EL".—4ª edición.—Reflexiones para despertar la confianza en N. S. 274 páginas, $ 6.00.

"MADRE".—4ª edición.—Págs. sobre la Sma. Virgen en su misión tan consoladora de Madre de todos los hombres, $ 4.00.—Traducción en holandés.

"SENDEROS DE LUZ".—2ª edición, $ 6.00.

"SENDEROS DE PAZ".—2ª edición, $ 5.50.

"SENDEROS DE AMOR".—2ª edición, $ 5.25.

Estas tres series forman un pequeño tratado sobre la vida espiritual al alcance de todos los fieles.

"LA MUJER".—2ª edición.—Expone la noble y elevada misión de la mujer. 200 páginas, $ 4.00.

"SI QUIERO, PUEDO SER SANTO".—2ª edición.—La Santidad está al alcance de todos. 234 páginas, $ 6.00.

"HACIA LAS CUMBRES".—2ª edición.—Páginas de heroísmo para la niñez y la juventud, $ 4.00.

"EL REINADO DEL ESPIRITU SANTO".—La Acción del Espíritu Santo en las almas, $ 4.00.

"PERFUMES LITURGICOS".—Para asimilarse el espíritu de la Iglesia, siguiendo el Ciclo Litúrgico. 350 páginas, $ 7.00.

"PADRE, SANTIFICALOS EN LA VERDAD".—Disipa los errores en el camino de la perfección. 278 páginas, $ 6.50.

"ESCONDIDA SENDA".—Páginas sobre la vocación y la vida religiosa. 266 páginas, $ 5.25.

"VIDA".—Reflexiones sobre la vida de la gracia y la vida de la gloria, $ 4.00 rústica.

"SANTIDAD Y BUENA VOLUNTAD".—Traducción del francés.—La santidad al alcance de todos. $ 5.50 rústica.

"ANTONIO PLANCARTE Y LABASTIDA".—Su vida — sus obras — sus pruebas.—2ª edición corregida y aumentada, $ 4.50.

"UN ALMA SACERDOTAL".—Su fisonomía — sus escritos.—Biografía del P. Javier M. Calderón y una selección de sus escritos. 120 págs. y 8 grabados fuera del texto, $ 5.00.

"LA SONRISA DE UN ALMA".—Biografía edificante. Agotada.

"LAS RELIGIOSAS DE LA CRUZ".—Su vida — sus fines — su oportunidad (Agotada).

"UN APOSTOL DE LA CRUZ".—Concepción Cabrera de Armida.—Su vida — su espíritu — sus obras.—Prólogo del Exmo. Sr. Martínez, Arzobispo de México.—330 páginas y 20 grabados fuera del texto. Rústica, $ 8.00; encuadernación especial, $ 10.00.

EL SACRAMENTO DEL PERDON DIVINO.—Instrucciones sobre la Confesión. $ 0.75.

EL SACRAMENTO DE LA UNION DIVINA.—Instrucciones sobre la Comunión. $ 0.75.

BREVE NOTICIA DE LOS MISIONEROS DEL ESPIRITU SANTO.—Sus Fines, su Organización, sus Actividades, su Historia, su Espíritu. 11 x 22 cms. $ 2.00.

"¡YO LA MATE...!"—Drama en 5 actos. 2ª edición, $ 1.25.

"DOS NAVIDADES".—Drama en 7 cuadros. 2ª edición, $ 0.50.

"DUERME NO LLORES".—Villancico, letra y música. Se requiere para el drama anterior, $ 0.85. Tomando los dos, $ 1.25.

"TRILUDIO GUADALUPANO"—3 cánticos populares, $ 1.75.

"SEIS CANTICOS AL ESPIRITU SANTO Y A LA CRUZ".—$ 2.00.

NUEVO METODO PARA REZAR EL ROSARIO. — VIACRUCIS.—El ciento de cada uno, $ 7.50.

Todos estos libros pueden venderse empastados en tela, con un aumento de $ 1.50 neto.

DE VENTA: Apdo. Postal 1580 - México 1, D. F.

Descuentos para libreros, agentes y suscriptores de "La Cruz".

IMPRENTA ALDINA

FOR LIBRARY USE ONLY

Princeton Theological Seminary Library

1 1012 01470 5562